

Edi numen

I

—**S**U pasaporte, por favor —le indicó el policía.
Él asintió mientras buscaba en su bolsa de mano la documentación.

—Sí, aquí tiene.

—¿Cuál es el motivo de su viaje, señor? —le preguntó el agente mientras abría el pasaporte por la página en la que aparece la fotografía de identificación— ¿Trabajo? ¿Turismo?

Héctor **vaciló** antes de contestar, porque en realidad ni él mismo tenía claros los motivos que lo habían llevado a esa ciudad. Finalmente se limitó a decir:

—Gaudí y mi madre me han traído.

—¿Perdón? —contestó asombrado el policía.

—Quiero decir que han sido Gaudí, el arquitecto, y mi madre quienes me han traído hasta aquí. Mi madre nació aquí ¿sabe?, y además soy estudiante de arquitectura y estoy preparando mi tesis doctoral sobre la obra del artista.

—Comprendo —dijo el agente—, si es así supongo que se trata de trabajo, ¿verdad? —Se quedó esperando una respuesta que nunca llegó—. Muchas gracias, señor. Que tenga usted una buena estancia en Barcelona.

—Estoy seguro de que así será. No tenga la menor duda.

Recogió el pasaporte y esta vez lo metió en el bolsillo interior de su chaqueta. Echó a andar por el pasillo acristalado de la terminal

Vacilar: dudar, mostrarse indeciso a la hora de hacer algo.



Héctor a su llegada a Barcelona.

mientras se sorprendió a sí mismo murmurando una y otra vez las palabras que le dijo al policía: “Estoy seguro de que así será, no le quepa la menor duda”.

Cuando salió del aeropuerto en busca del autobús que le llevaría al hotel, notó cómo el sol le cegaba. Colocó la mano que le quedaba libre justo por encima de los ojos, a modo de **visera**, mientras se quedaba **absorto**, mirando hacia ninguna parte, sintiendo cómo la brisa le acariciaba la cara. Héctor había soñado en muchas ocasiones con aquel momento. Se había preguntado multitud de veces qué notaría y cómo se sentiría cuando llegase, por fin, a Barcelona.

Lo que experimentó fue, por un lado, un sentimiento próximo a la felicidad: se creyó afortunado de poder vivir, aunque fuera por

Visera: pieza más o menos rígida de una gorra que queda por delante de los ojos y sirve para darles sombra.

Absorto, a: admirado, asombrado.

unos meses, en el mismo Mediterráneo del que Gaudí decía que era la cuna del arte, ya que su significado es “mitad de la tierra” y, por tanto, es donde la luz solar ilumina los objetos con la luz perfecta; por otro lado se emocionó con la idea de recordar su pasado familiar, y revivir las historias que tantas veces le había contado su madre en la que le explicaba cómo había conocido a su padre en el parque Güell, cuando ella trabajaba como guía turística y su padre estaba pasando unos días de vacaciones. Su madre conocía todos los rincones de aquel parque que formaba parte de los cuentos y las fábulas que le contaba por las noches antes de que sus ojos de niño se abandonaran a un sueño lleno de dragones de colores y lugares secretos.

Mientras recordaba, un coche se le aproximaba. Los reflejos del conductor actuaron con la suerte necesaria para evitar un **atropello**:

–¡Eh, a ver si miras por dónde vas!

–Lo siento, perdona, no te he visto –dijo una voz femenina desde la ventanilla.

Héctor continuó su camino hacia la parada de taxis, indignado por el suceso y sin **percatarse** de que dejaba parte de su equipaje en la calzada. Así que cuando se dio cuenta de que el coche lo seguía y que su conductora bajaba la ventanilla no supo qué pensar.

–Me llamo Isabel. Siento lo ocurrido.

–Disculpas aceptadas. Ningún problema, estoy bien.

–Sí, ya lo veo, y un poco más ligero de equipaje, ¿no crees?

–¿Por qué lo dices?

–Deja ya de caminar, por favor. Tengo algo que creo que es tuyo.

–¿Tú, algo mío? Pero si no nos conocemos –le **espetó** Héctor.

–Bueno, un poco sí. Tú sabes que me llamo Isabel y que soy un poco imprudente y yo sé que tú eres un poco despistado.

Atropello: cuando un vehículo choca y derriba a una persona ocasionándole daños.

Percatarse: darse cuenta de algo.

Espetar: decir algo con brusquedad, sin modales.

–Y ¿de dónde sacas esa conclusión?

–Bueno, en fin, esta maleta creó que es tuya.

–Ah, vaya, qué despiste. Muchas gracias –dijo mientras **esboza** una sonrisa de timidez.

–De nada, hombre. Y perdona de nuevo –le dijo Isabel, que parecía tener prisa y pisó el acelerador de inmediato–. ¡Hasta la vista!

–¡Por cierto, yo me llamo Héctor! –le gritó mientras ella se alejaba rápidamente.

–¡Encantada, Héctor! ¡Hasta luego!

Finalmente encontró un taxi que lo llevó al hotel. En el cruce de las calles Provenza y Lepanto había reservado por Internet una pequeña habitación. Cuando llegó, se registró en recepción y subió rápidamente a la tercera planta, habitación número 3. Dejó en el suelo todo su equipaje y abrió el pequeño balcón con ansia. Sonrió al ver que, tal y como le habían prometido, esa habitación tenía una vista privilegiada. Habían sido tantos años esperando la beca que le parecía imposible estar allí. Sentía tanta fascinación por el **legado** de Gaudí que decidió estudiar arquitectura precisamente por ese hecho, así que no era de extrañar que basara su tesis doctoral en un estudio exhaustivo de su obra más emblemática, aquella que tenía ante sus ojos, a no más de 200 metros, en ese preciso instante: La Sagrada Familia. Y mientras la observaba se dijo a sí mismo: “Mañana será otro día”.



Esbozar: referido a un gesto, hacerlo brevemente, durante poco tiempo.

Legado: aquello que se deja o transmite tras la muerte.